

glo XI, el papa Urbano había dicho: *Dios lo quiere*, y los cruzados confiaban en que Dios les daría la victoria. Y Dios dió la victoria á los infieles. "Luego, se dijeron los fieles, no era verdad que Dios hubiese querido la guerra santa, ni que ella debiera poner término al poder de los Sarracenos. Dios, por el contrario, parecía favorecerlos." Los poetas, órganos de los sentimientos populares, acusaron á Dios: "Adoremos á Mahoma, decían, y hagámonos incrédulos, puesto que Dios quiere que seamos injustamente vencidos. ¡Loco será quien busque querrela á los Turcos, puesto que Dios les protege!"

Estas palabras son de un templario, de uno de los caballeros que consagraban su vida al servicio del Cristo. Sabidas son las acusaciones que pesaron sobre la orden del Temple: el papa acusa á los caballeros de apostasia é incredulidad, y afirma que negaban al Redentor. Cabe desconfiar de las confesiones arrancadas por la tortura ó por el temor; pero las de algunos caballeros, hechas libremente en Inglaterra, confirman los hechos revelados por los templarios franceses. Mucho tiempo ántes de la tragedia que puso fin á la orden del Temple, los papas acusaron á los hospitalarios de los mismos crímenes. Nada más natural. La incredulidad invadió el mundo feudal á segnda de las cruzadas. Se ha dicho que dos revelaciones se destruyen por sólo el hecho de su coexistencia. Esto explica cómo la indiferencia primero, la incredulidad despues, ocuparon el puesto de la superstición. La fe ciega no se concibe sino en el aislamiento intelectual. Á seguida de la invasión de los Bárbaros, el Occidente católico se separó del resto de la tierra. Hubo algunos siglos de tinieblas y de fe sin duda. Mas de pronto la Iglesia solivianta á la Europa y la lanza sobre el Asia. Los cruzados se pusieron en contacto con creyentes no ménos fanáticos. Comenzaron por llamarlos perros, y acabaron por dudar de su condenación: "Dios, decían, que es todo misericordia, ¿habrá creado á los hombres para condenarles á muerte eterna?" Hé aquí el primer grito de indiferencia religiosa, y de la indiferencia á la incredulidad hay una pendiente resbaladiza. Hubo un emperador incrédulo, Federico II, que se complacía en rodearse de Sarracenos. La blasfemia más horrible que se ha lanzado contra las religiones reveladas data del siglo XIII, la blasfemia de los *tres impostores*. ¡Jesucristo, el

Hijo de Dios, tratado de impostor y puesto en parangón con Mahoma! ¡Qué signo de los tiempos!

En presencia de tan sorprendente revolución, la filosofía puede también decir: *Dios lo quiere*. Pero lo que Dios ha querido no es ciertamente lo que querían los hombres. Los papas esperaban que las cruzadas darían por resultado la conversión de los infieles, y son los fieles los que desertan de los altares del Cristo, y llegan, en su impiedad, hasta tratarle de impostor. ¡Qué decepción para los vicarios de Dios! ¡Qué decepción para los que permanecen fieles! Supongamos que la voz de Dios hubiese hablado á los cruzados del siglo XI y les hubiese dicho: "La fe de Cristo es quien os pone las armas en la mano, y la guerra que vais á acometer es una guerra santa. Pues bien, cuando hayais vertido vuestra sangre para conquistar el sepulcro de Aquel que adorais como un Dios, se negará su divinidad y se le calificará de impostor. Esta guerra llamada santa sembrará la indiferencia y la incredulidad, y arruinará el poder de la Iglesia y del papado en sus fundamentos. Hé ahí lo que vais á emprender." Estas palabras habrían helado los corazones de espanto y de horror; los cruzados habrían arrancado la cruz que les marcaba como soldados del Cristo y muerto de desesperación. Por mejor decir, no hubieran comprendido al profeta que les hubiera tenido ese lenguaje, rechazándole como órgano de Satanás, y, sin embargo, ese lenguaje sería el de la realidad, mientras que los cruzados eran víctimas de las ilusiones de una locura. ¿Será la locura reina del mundo? Mas ¿por qué ley inexplicable la locura desempeñaba la obra de la sabiduría? No aplaudimos la incredulidad y ménos la blasfemia; pero sí aplaudimos los acentos de caridad del poeta que cree en la salvación de los Sarracenos; aplaudimos el movimiento de libre pensamiento que se manifiesta en Europa á seguida de las cruzadas, como aplaudimos la emancipación de los siervos y la emancipación de las municipalidades. ¿Á quién debemos esos beneficios? Á las cruzadas, pero no á los cruzados. Entónces ¿quién ha utilizado las locuras de los cruzados en beneficio del progreso de la humanidad? ¿Quién sino Dios y su Providencia?

Los que se proponen á toda costa desterrar á Dios de la historia dirán que llamamos gobierno providencial lo que se hace en virtud de una ley que ignoramos. Comprenderíamos tal lenguaje en

boca de los ateos; no lo comprendemos en la de aquellos que creen en Dios. Hay más: nos parece que la historia es una prueba viviente de la acción que Dios ejerce sobre las cosas humanas. El incrédulo puede negar que Dios le habla en la fe de su conciencia; pero en vano negará que Dios influye sobre el mundo; tanto valdría negar que el sol nos alumbraba y calienta. No basta negar, es preciso además dar una explicación que la razón pueda aceptar de esta maravillosa educación de la humanidad que se prosigue á través de nuestros errores, ¿qué digo? merced á nuestros mismos extravíos. Pues bien, en vano se buscará otra que Dios y su Providencia.

## II.

La Edad Media, dicen los historiadores, es el reino de la fe; cierto, pero también se produce en ella el libre pensamiento. Estamos en el siglo IX, en vísperas de la edad que se llama de hierro, porque la fuerza domina soberana, y las tinieblas de esos luctuosos tiempos se han hecho proverbiales. Sin embargo, hé aquí un libre pensador: "Ni temo tanto la autoridad, ni me asusta á tal punto la furia de los espíritus poco inteligentes, que vacile en proclamar altamente aquello que demuestra con certidumbre la razón." Juan Scot va más lejos: "La autoridad, dice, deriva de la razón, no la razón de la autoridad. Toda autoridad que no es aceptada por la razón carece de valor. La razón, por el contrario, apoyada en su propia fuerza, no necesita que la confirme ninguna autoridad." Estas máximas bastan para arruinar el catolicismo, y en realidad, Juan Scot niega los dogmas fundamentales de la religión cristiana.

¿De dónde procede este libre pensador? Un rayo de la filosofía griega le ha iluminado, un pálido rayo; pero basta beber en la fuente de la antigüedad, por empañada que esté, para que el pensamiento se emancipe. Téngase en cuenta que hubo durante toda la Edad Media una corriente de helenismo en el mundo occidental. Sabido es la autoridad de que gozó Aristóteles. Pasaba por un precursor del Cristo, y en algunas iglesias se leía su moral al mismo tiempo que el Evangelio. ¿Aristóteles es realmente católico? Lo es tan poco, que realmente hay oposición entre su doctrina y los dogmas cristianos. No sin razón el *Manual de los*

*Inquisidores* le coloca entre el número de los herejes por haber enseñado la eternidad del mundo. Algo peor que eso enseña. Su Dios no es más que una abstracción, un primer motor, sin lazo con el mundo moral, sin acción sobre los individuos ni sobre las sociedades. No se puede decir que niega la inmortalidad del alma, porque no se ocupa de ella. Si su filosofía no procede de la sensación, conduce casi inevitablemente al sensualismo, es decir, á la negación de toda religión. ¡Luego la escolástica puso al nivel del Cristo un adversario suyo é introdujo al enemigo en el campo, y el enemigo arruinó todo el edificio del cristianismo tradicional!

¿Cómo penetró la filosofía de Aristóteles en el mundo católico? La lengua en que el filósofo escribiera pereció con la invasión de los Bárbaros, y con la lengua se rompió todo lazo entre el Occidente cristiano y la antigüedad griega. Por la más sorprendente de las revoluciones, fueron los Árabes quienes comunicaron los escritos de Aristóteles á los escolásticos. La conquista y la victoria desarrollaron las relevantes facultades con que Dios había dotado á los habitantes del desierto; una brillante civilización se extendió allí donde reinaban los sucesores de Mahoma, desde Bagdad á Córdoba. Los filósofos árabes tradujeron las obras de Aristóteles para uso de los sectarios del Corán. ¿Cómo aprovecharán esas traducciones á la cristiandad latina? Otra raza del Oriente, enemiga jurada del Cristo, los Judíos, se encargarán de verter al latín las traducciones árabes para uso de la cristiandad. Aristóteles, interpretado por los Árabes, era aún más hostil á la fe cristiana que el Aristóteles griego. Los Árabes y los Judíos desarrollaron el aristotelismo hasta en sus últimas consecuencias. El Dios de los filósofos árabes carece de libertad y de providencia; se confunde con las leyes generales del universo; la personalidad del individuo desaparece; Averroes dice abiertamente que la inmortalidad del alma no es más que el renacimiento eterno de la humanidad, y que el último término de la perfección del hombre es su absorción en Dios. Repudiamos la filosofía árabe, porque destruye toda especie de religión; no hay religión cuando Dios no está en relaciones con los hombres, no hay religión cuando el hombre no tiene pasado ni porvenir. Sin embargo, aplaudimos la influencia que Aristóteles y los Árabes ejercie-

ron sobre la filosofía cristiana. La Iglesia quería encadenar el espíritu humano entre los lazos de un dogma inmutable; si hubiese triunfado no hubiese quedado ni una sombra de libre pensamiento: su triunfo hubiera sido la muerte de la razón. Más vale que la razón se ejercitara sobre errores, que no que se embotara en la inacción y en la servidumbre. Méenos aprovecha al hombre la verdad que posee que la libre investigación de la verdad.

Los que con nosotros creen que el helenismo, aún desfigurado y alterado, fué un elemento de libertad intelectual en la Edad Media, un contrapeso á la dominación absoluta del catolicismo, ¿no deben ver la mano de Dios en el maravilloso concurso de revoluciones que fué necesario para que la filosofía de Aristóteles y de Averroes llegase á los escolásticos? ¡Cómo! ¡La Europa católica, aislada del resto del mundo por el espíritu estrecho del feudalismo, amenaza convertirse en una China ortodoxa! ¿Quién rompió ese aislamiento? ¿Quién puso á los pensadores cristianos en contacto con los pensadores de la Grecia? Los discípulos de Mahoma, auxiliados por los discípulos de Moisés. ¿Por ventura Mahoma predicaría la guerra santa para propagar en el Occidente católico la filosofía de Aristóteles? ¿Y quién llamó á Europa los Judíos? ¿Quién los dispersó en todas las partes del mundo? La fuerza, la violencia de los conquistadores ó la intolerancia de la Iglesia. ¡Y esos Judíos, acosados como bestias feroces, siembran en la cristiandad un germen de libre pensamiento que servirá para disolver la dominación de la Iglesia! ¿Cómo explicar por la libertad humana esos prodigiosos hechos? Y si la libertad no los ha producido, ¿quién ha puesto la Europa católica en contacto con la Grecia por la mediación de los Judíos y de los Árabes? ¿Quién sino Dios?

### III.

La cultura griega es un elemento esencial de la civilización moderna. ¿Por qué vía ha llegado el helenismo á la Europa católica? La Edad Media no conocía más que la filosofía de Aristóteles, y aún la conocía únicamente por traducciones hechas sobre traducciones. Requeríase una comunión más íntima entre las razas germánicas y el genio de la Grecia. ¿Cómo fueron iniciadas en una lengua que durante diez siglos les fuera extraña? ¿Quién ex-

tendió las obras maestras de la literatura griega en el mundo bárbaro de Occidente? Los Turcos. Hemos aquí en presencia de uno de esos acontecimientos trascendentales que han cambiado el destino del mundo. La toma de Constantinopla abre la era moderna. Los Griegos, arrojados de su patria por los Bárbaros del Oriente, fueron los que comunicaron el helenismo al mundo occidental. Este hecho es tan extraño y ejerció tan considerable influencia, que vale la pena de considerarlo con algún detenimiento en sus diversas fases.

Unos cuantos sabios son los que producen esta inmensa revolución. ¿De dónde vienen? De un imperio donde no hay un átomo de vida. Constantinopla está en la agonía desde hace ocho siglos. La decadencia es tal que los historiadores buscan expresiones humillantes para pintarla: "Mueve á compasión su historia, exclama el conde de Maistre, cuando no á horror; diríase que la lengua francesa ha querido hacer justicia á este imperio llamándolo *Bajo*." ¡La decrepitud intelectual y moral viene á reanimar la vida de la inteligencia en Europa! Esto es ya bien extraño. En realidad Constantinopla no hace más que conservar durante diez siglos el depósito de las obras maestras de la Grecia antigua; los Griegos del Bajo-Imperio las comentaban sin sentir las ni comprenderlas. Los escritores de Atenas, y no los letrados de Bizancio, son los que reanimaron la vida de la inteligencia en Europa.

Aquí se presentan singulares problemas. La Europa tuvo relaciones directas con el Bajo-Imperio y con la Grecia desde el siglo XII. Príncipes francos reinaron en Constantinopla y en Atenas. Millones de cruzados inundaron el país donde la lengua de los Helenos se hablaba todavía, y ni aprendieron esta lengua ni se cuidaron de traer de su peregrinación los cantos de Homero y de Sófocles, contentándose con importar reliquias imaginarias. Esto prueba que los tiempos no eran aún llegados; en vano todos los letrados del Bajo-Imperio se hubieran trasladado á Europa en la Edad Media; nadie, fuera de algunos pensadores solitarios, se hubiese conmovido. Era necesario que los espíritus fuesen preparados á recibir la cultura helénica, para que diese los admirables frutos que serán siempre el alimento de nuestra alma. ¿No estribará en esto el secreto de esa larga decadencia, insultada por los enemigos del nombre griego? Ra-

zon de más para tributar nuestro agradecimiento á la raza cuya decrepitud misma fué un beneficio para la humanidad. Mas ¿quién preservó al Bajo-Imperio de los Bárbaros del Oriente? Desde el siglo VII se aproximan á Constantinopla; en el XII, la existencia del imperio griego se ve comprometida; se necesitan las cruzadas para salvarle, para mantener durante algunos cientos de años todavía un Estado sin vida propia. ¿Quién envió esos salvadores á la Grecia moribunda? La Europa católica se arrojó sobre los Sarracenos al grito de *Dios lo quiere*. La historia debe decir también: Dios lo quiso. Y si no, búsquese otra explicación de esta serie maravillosa de circunstancias que conservaron un imperio moribundo. Para completar el milagro, ved á los papas procurando levantar la Europa cristiana contra los Turcos y predicando una nueva cruzada, pero predicándola en desierto. No, Constantinopla no debe ser salvada; la hora de su muerte ha sonado, porque la Europa aguarda á los Griegos que deben ayudarla á sacudir el despotismo intelectual que amenaza embotarla. Dios lo quiere. Constantinopla cae y se abre el Renacimiento.

¿Qué es el Renacimiento? Una vida nueva que se da la mano con la Reforma y con el libre pensamiento. El lazo que liga al Renacimiento con la Reforma es palpable. Melancthon y Zuinglio eran humanistas. Lutero, que era poco afecto á la filosofía, confiesa que el Renacimiento favoreció el estudio de la Escritura. Pero entregar la palabra de Dios á la lectura y á la discusión de los fieles, ¿no equivalía á apartarles de la religión ortodoxa, para encaminarlos al cristianismo primitivo? En realidad, letrados y reformadores estaban de acuerdo: ambos predicaban el retroceso á la sencillez y á la pureza del Evangelio. Bajo cierto aspecto, el Renacimiento fué más allá que la Reforma, y preparó el camino á la filosofía y al libre pensamiento. Es imposible permanecer sujeto á las supersticiones católicas desde que se está iniciado en el libre genio de la Grecia. Hubo humanistas que rehusaron afiliarse á la bandera de Hutten; católicos en apariencia, mejor dicho, indiferentes, no estaban lejos de participar de la opinión de Montaigne, á saber: que no valía la pena desertar de la Iglesia por tan poco. De este número era el jefe de los humanistas en el siglo XVI. Lutero, con su violencia habitual, trató á Erasmo de epicúreo, de enemigo de Cristo y de enemigo de todas las reli-

giones. Era esto avanzar demasiado. Erasmo era cristiano, pero cristiano racionalista, es decir, que se deslizaba por la pendiente de la incredulidad filosófica. Otro hombre notable del siglo XVI, tan fértil en grandes genios, Hutten, resume en sí todo lo que encierra de aspiraciones á la libertad el movimiento del Renacimiento y de la Reforma. Herder ha caracterizado admirablemente á Lutero, llamándole el caballero del libre pensamiento. Los reformadores se rebelan contra el papado, en nombre de la libertad cristiana; pero la libertad del cristiano no servía para otra cosa que para legitimar la esclavitud del hombre, y, con frecuencia, la servidumbre de la razón. Hutten admiró á sus amigos por sus aspiraciones ardientes, infinitas. Necesitaba la libertad en todo; todas las causas en que intervenía eran las suyas. Hutten no es un luterano, sino un precursor del siglo XVIII.

Hé ahí lo que fué el Renacimiento: el advenimiento del pensamiento libre. ¿Quién imprimió el primer impulso á esta revolución intelectual? Los letrados, arrojados de Constantinopla por los Turcos. ¿No hay aquí un conjunto maravilloso de circunstancias? Y ¿cómo no ver en ellas la mano de Dios? No se atribuirá á los Turcos la gloria de ser los iniciadores del libre pensamiento. Aún no hemos llegado al fin. Los letrados se refugian en Europa; ¿quién les dará asilo? ¿Quién salvará las obras maestras de la literatura griega de la destrucción que las amenaza bajo la dominación de la barbarie? Los papas. Ellos envían humanistas á las provincias ocupadas por los Turcos, para comprar á peso de oro manuscritos, tesoro más apreciado que todo el oro del mundo. Gracias á los soberanos pontífices, se decía, la Grecia no pereció, emigró á Italia. ¿Sabían los papas lo que protegían, al favorecer el estudio de las letras griegas? No, los filenistas más resueltos hubieran retrocedido horrorizados si les hubiese sido dable prever que la literatura antigua reanimaría al libre pensamiento y pondría fin á la religión tradicional. Los monjes, en medio de su estupidez, eran más perspicaces que los vicarios de Dios: "Se ha inventado una nueva lengua que se llama el griego, decían; hay que guardarse de ella, porque es la madre de todas las herejías." En el siglo XVI, los papas aceptan las opiniones de los monjes, y entregan á los humanistas á las hogueras de la Inquisición.

Reflexiónese un instante sobre lo que los hombres han querido y sobre lo que han hecho. Mahoma predica la unidad de Dios, sable en mano; los Árabes se derraman en Asia, en África y en Europa; desarróllase una brillante cultura. Los filósofos árabes inician á los teólogos católicos en el libre pensamiento. ¿Era esto lo que quería Mahoma? Los Árabes y los Turcos quedan durante siglos detenidos ante los muros de Constantinopla. ¿Quién los detuvo? Fuerza es que aguarden la hora en que el helenismo moribundo pueda legar su lengua y sus obras maestras á las razas germánicas. ¿Quién señala esa hora? ¿Acaso las hordas bárbaras del Oriente? Los letrados griegos, arrojados por los Turcos, son acogidos como bienhechores por los papas. Con efecto, son libertadores; pero lo que vienen á libertar es el espíritu humano, y el enemigo mortal del libre pensamiento es el papado. Así, los soberanos pontífices protegen á los llamados á destruir su soberanía. ¿La acción de Dios no es visible, palpable? ¿Y cuando se puede hasta tocar su mano, se cierran los ojos para no verla!

#### § V.—La Reforma (1).

##### N.º 1.—La Reforma y el cristianismo.

La Reforma es una revolución religiosa: así lo dicen todos los historiadores. No hay axioma más vulgar. ¿Era esto lo que querían los reformadores? Toda revolución implica un progreso en el desenvolvimiento de la humanidad, progreso violento, porque las pasiones humanas se oponen á la transformación regular y pacífica de las instituciones y de las creencias. Luego toda revolución es una innovación. ¿Acaso los reformadores querían innovar? Por el contrario, pretendían retroceder al pasado, al cristianismo primitivo. Como los ortodoxos, creían que el Evangelio era la verdad absoluta, la palabra de Dios, con la que los hombres debían alimentarse hasta el fin de los siglos. ¿En qué sentido entendían ellos el retroceso al cristianismo primitivo? ¿Era el cristianismo de Jesucristo el que se proponían restablecer? ¿Rechazaban la obra de los Padres de la Iglesia y de los concilios? Nada de esto; Lutero mantiene el cristianismo tradicio-

(1) Véanse los testimonios en las partes octava, novena y décima de los *Estudios sobre la historia de la humanidad*.

nal, defendiéndose de la ambición de novedad como de un crimen, y combate á la Iglesia, pero no al catolicismo, confesando que procede del catolicismo, y que éste contiene toda la verdad cristiana.

Hé ahí lo que querían los reformadores; y ¿es eso lo que han realizado? Oigamos á los protestantes modernos. Lo que, según ellos, distingue fundamentalmente al catolicismo de la Reforma, es que el uno representa la inmovilidad y la otra el progreso, oponiendo esta barrera infranqueable á todas las tentativas de conciliación: "Imposible, dicen, unir en una misma confesión á los que permanecen inmóviles en el pasado y á los que marchan con paso resuelto hácia el porvenir." Es decir, que el protestantismo es un cristianismo progresivo. Indudablemente los reformadores habrían rechazado semejante idea como la peor de las herejías.

La habrían rechazado con espanto, y, sin embargo, esta idea brota natural, lógicamente de la Reforma, y por tanto, data de los reformadores. Abandonan éstos la Iglesia y reemplazan su autoridad por la de la Escritura. ¿Quién les garantizaba que esas hojas de papel que se llaman libros santos encierran la palabra de Dios? Calvino responde que la Escritura es divina por el hecho solo de su existencia. La inspiración que Calvino atribuye á Dios ¿no vendrá de los hombres? Y si es así, ¿no se convierte la razón en juez de la revelación? Mas la razón es por esencia progresiva. Una revelación interpretada por la razón progresiva es también progresiva. Quien dice revelación progresiva dice revelación imperfecta, aunque perfectible. Esto cambia la naturaleza de la revelación, y el cambio es radical. El cristianismo no es la verdad absoluta, revelada milagrosamente por Dios; es un anillo de la cadena infinita del progreso. Jesucristo no es el Hijo de Dios, es un profeta. El cristianismo tradicional está arruinado en sus fundamentos.

Hé ahí adónde conduce la Reforma. Los reformadores se defienden como de un crimen de pretender innovar lo más mínimo en el cristianismo histórico. Abrid los escritos de los protestantes modernos, franceses, ingleses, alemanes, todos inscriben el progreso en su bandera: ya no se trata de la última palabra de Dios. Bossuet decía: "Los artículos de fe se irán los unos tras de los

otros; una vez conmovidos los espíritus y abandonados á sí mismos, no encontrarán límites; así la indiferencia de las religiones será el término fatal á que conducirá la Reforma." La profecía se ha cumplido. ¿Preguntaremos ahora qué es lo que habría hecho Lutero si hubiese previsto las últimas consecuencias de la Reforma? ¿No hubiera retrocedido espantado al ver sus más caras creencias destruidas por sus propias manos? Ciertamente que antes hubiera preferido permanecer en el seno de la Iglesia, á pesar de sus abusos, que abandonar al Cristo, al Hijo de Dios, y repudiar la Escritura, la palabra de Dios.

Esto merece reflexión. Bueno es que los hombres no sepan á veces lo que hacen; si lo supieran, en lugar de lanzarse atrevidamente en el camino del porvenir, se aferrarían al pasado, prefiriendo permanecer inmóviles á abandonar las creencias que constituyen su vida. Precisamente porque ignoran adónde van, marchan con valor y serenidad. ¿Quién no admira la inquebrantable firmeza de Lutero, apoyado en la palabra de Dios! Sin embargo, lo que como la palabra divina veneraba era una obra humana, y él mismo daba el primer paso fuera de la revelación escrita que á todo precio quería mantener, aún cuando contrariase sus instintos revolucionarios. Si la mano de Dios no media en este conflicto entre lo que los hombres quieren y lo que hacen, ¿cuál es el poder misterioso que nos oculta las últimas consecuencias de nuestras propias obras, y que por lo mismo nos excita á hacer lo que no quisiéramos, pero que contribuye, sin embargo, al progreso de la humanidad? Donde se nota una dirección tan visible, ¿no habrá una mano que dirija?

Si Dios dirige nuestro destino, si hacemos siempre lo contrario de lo que queremos hacer, ¿qué vale nuestra libertad? ¿No somos, no seremos siempre instrumentos en la mano de Dios? De antemano hemos contestado esta pregunta ó esta crítica del gobierno providencial. El hombre es libre, por más que Dios se sirva de sus errores para conducirle al fin que ha asignado al género humano. Por lo mismo que hace lo que él quiere y no lo que quiere Dios, da pruebas de su libertad. ¿Deduciríase de aquí que tal conflicto entre el hombre y Dios será eterno? Hemos dicho que, á medida que el hombre avanza en el camino de su perfeccionamiento, á medida que se aproxima á Dios, su volun-

tad tiende á identificarse con la de Dios. ¿No es esto lo que hacen los reformadores? Ellos querían retroceder al cristianismo primitivo: la idea era justa, tanto que hoy en día los protestantes avanzados dicen que el trabajo de la humanidad consiste en reeditar el cristianismo de Jesucristo. Los reformadores se engañaban al creer que el cristianismo de los Padres y de los concilios era el cristianismo primitivo, y quizás los protestantes modernos se engañen también considerando el cristianismo de Jesucristo como un ideal eterno. Lo que hay de verdad en este movimiento es que lo mismo los reformadores que los protestantes liberales no quieren un cristianismo exterior, inmutable, sino una religión interior, y buscan esta religión en algunas palabras de Jesucristo. Si Lutero pudiese revivir, se pondría en la primera fila de los protestantes avanzados; prueba de que hizo lo que quería hacer. Sólo que en el momento en que obraba se habría asustado de su obra. Tal es el efecto de nuestra debilidad; pero se irá cambiando en fuerza, á medida que avancemos en nuestro desenvolvimiento intelectual y moral.

#### N.º 2.—La Reforma y la libertad religiosa.

##### I.

¿Querían los reformadores la libertad religiosa? Todavía en el siglo XVII escribía Bossuet: "Los protestantes están de acuerdo con nosotros respecto á que los príncipes cristianos tienen perfecto derecho en valerse del poder de la espada contra sus vasallos enemigos de la Iglesia y de la vana doctrina." Había en Lutero un instinto poderoso de libertad, que fué ahogado por la influencia del cristianismo tradicional. El monje sajón tiene acentos de intolerancia dignos de Roma. Hablando de los Judíos, dice que están condenados como verdugos del Hijo de Dios, añadiendo que los deicidas no respiran más que la sangre de los discípulos del Cristo. La Iglesia toleraba á los Judíos como se toleran los esclavos. Lutero es más intolerante que Roma; quiere que se demuelan las sinagogas, porque en ellas se blasfema contra el Cristo; quiere que se prohíba á los rabinos enseñar su creencia; quiere que se obligue á los Judíos á cultivar la tierra para los cristianos, y que se les expulse si resisten! Lutero profesa el mismo odio á cuantos